



(Madrid)

¡Queremos tanto a Soriano!

LUIS SEPÚLVEDA

A las once de la noche quedé al teléfono y no interrumpí nada porque estaba profundamente en eso, en hacer nada, y lo Lucas pensando en Oroválto Soriano, mi hermano que está en un hospital de Buenos Aires definitivamente fascinado por sus pulmones de fumadores. Y pensaba también en Juan Gómez, el enorme poeta que me confesó una extraña forma de hacer nada practicada por Soriano en 1972, cuando los dos traba, abso como porcelanitas para La Oroválto, maritimo dirigido por Jacinto Tisserman. Qué idea se pudo ser meca vagando por la redacción y entregado con total desconocencia a uno de hacer nada.

—Una mesa. (Todo un silencio) —me repitió Soriano en un café de París 25 años más tarde y con divertido orgullo.

De aquel hacer nada salió el movimiento de *Pajar saliendo y volando*, una de las diez canciones de la guerra hispanoamericana.

A las once de la noche, hora, siempre, los pulmones de Oroválto se descomponen a hacer nada. Había dejado de fumar en 1993, pero no de calentar del tabaco: todos los días se comía un puro Montecristo.

—Al levantarme entre 15 centímetros, y a eso de la medianoche apenas me cabe entre los dedos— me indicó caminando por Buenos Aires en marzo del año pasado.

Avanzábamos por Cívica y



Oroválto Soriano.

hacia la avenida 9 de Julio rumbo al Edificio, pero a que nos había advertido que ya no era el viejo restaurant que conocimos antes del horror, calor y frío, pero siguiendo con una misma intención de inventar lo que nos faltaba inventamos y nos dimos una patada de risa. Hombres de Antonio Soriano, de Santiago Gamboa, de Edgar de Páez, de Miguel Montano, de Pato Ignacio Talbo, de Felipe Díaz, de Mempo Ginzburg, de David Charvát, de decenas de amigos que a una misma hora están repitiendo conmigo ¿queremos tanto a Oroválto con los dedos apretados, con dedos de metal en pitam a alguien, con

la brecha que produce la muerte de un ser tan querido.

Y también, acordándonos en poco, una historia de tabaco pegada a los labios. Oroválto recordó a Pato Urondo, a Oso René Castillo, a Roque Dahan muchos hermanos por los sacos llenos en la lucha por la docencia. Desde quería que están otros tabacos repiten ¿queremos tanto a Oroválto?

Durante los años más duros de la opresión, libros como *No habrá más penas ni olvido* y *Camino de invierno* me enseñaron en las leñas de los días ventosos, pero fueron los más leídos porque eran las novelas de la dignidad militante, escritas por un hombre que simpatizó y simpatizó así la decencia como la los apelo de vida.

Nos vamos por penúltima vez en Buenos Aires, nos dimos cita en Santa Fe con Pato, a las once de la noche, como hoy que escribo estas líneas, y le vi luego con su cheguito de pelo entre los labios y un ejemplar de *La hora de cenar*, novela de un enorme viaje al pasado, al encuentro con los recuerdos, pero escrito sin el menor asomo de nostalgia.

—¡Buen, Soriano! —saludaban los vendedores de periódicos y Oroválto los respondía con una sonrisa culpada de latoso.

—¡Jaja, mi, Soriano! —le decían los chicos de las confiterías y Oroválto les contestaba con un entrecorazón de lacaloso.

Aquella noche en el Pato, recién, hablando de amigos y luego de otros hallamos para encontrarnos bien con los personajes de nuestras novelas, conseguimos un objeto que a veces se le consignaba en el *Guernica*: dejamos colado a Enrique Pinti, a una noche de humanidad y sólo hacer la dejamos de decir esta boca es mía.

Nuestro último encuentro tuvo lugar en Santa Fe, durante un festival de literatura al que nos invité. Allí, caminando juntos a casa, hablamos de que se nos estaba empezando a morir los años, y que se estaba así empezando a practicar algunas capotas, además del júbilo.

—¿Viste como te he dejado de pensar? —comenzó pero sin pasar a sus argumentos.

Está claro. Del gran Soriano, hablo puesto a un el Pato Soriano, tal vez, no ¿verdad?, se daba en él la misma transmutación sufrida por Oliver Hardy, que poco antes de morir se vio flaco y declaró su *San Laurel*. Pero dos personajes nos unieron, escribimos sobre ellos, los quitamos, y muy seguro de que hoy, donde quieran que estén, los dos, levantando sus hombros de hombre trucha repiten ¿queremos tanto a Oroválto?

De él aprendí que tenemos el mejor de los oficios y el único femenino que puede hacer o no escribir, Oroválto, hermano incondicio-

¡Queremos tanto a Soriano [artículo] Luis Sépulveda.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sepúlveda, Luis, 1949-2020

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

¡Queremos tanto a Soriano [artículo] Luis Sépulveda. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile